

JOHN
STEINBECK



LLAMIA
VIVA

Burning Bright (La llama viva) es una obra moral, centrada en Joe Saul y su esposa Mordeen. Aunque Mordeen ama a Joe Saul, sospecha que es estéril. Duerme con Víctor, el asistente de Joe Saul, para cumplir el deseo de Joe Saul de tener un hijo.

Drama en forma novelada.

Para,
y por
Elaine

Poema

Tyger! Tyger!
ardiendo brillante en los bosques de la noche,
¿qué mano u ojo inmortal
podría enmarcar tu hermosa simetría?

WILLIAM BLAKE

Prólogo

La llama viva es el tercer intento que he hecho de trabajar en esta nueva forma: la novela de teatro. No sé si nadie más lo ha probado antes. Dos de mis libros anteriores, *Of Mice and Men* y *The Moon Is Down*, lo ensayaron. En cierto sentido, es un error llamarlo una nueva forma, más bien es una combinación de muchas formas antiguas. Es una obra de teatro fácil de leer o una novela corta que se puede reproducir simplemente quitando el diálogo.

Mis razones para querer escribir de esta forma son varias y diversas. Me cuesta leer obras de teatro, y eso no sólo me pasa a mí. Este tipo de obras son leídas casi exclusivamente por personas estrechamente relacionadas con el teatro, por estudiantes de teatro y por un grupo comparativamente reducido de lectores apasionados por él. La primera razón de haberlo hecho de esta forma, es proporcionar una obra para que fuera más leída porque se presenta como una novela normal, que es un medio más familiar para los lectores.

La segunda razón para la creación de la novela es que de esa forma se realza la descripción de los personajes, tanto para el actor como para el director y el productor, y no nos olvidemos del lector. La descripción habitual de un personaje en una obra de teatro —*Hombre de negocios, cuarenta años*— les da muy poco para pensar. Se puede argumentar además que una descripción concisa da al director y al diseñador del escenario un mayor margen para ejercitar su propia imaginación en la producción.

En contra de estos argumentos, se puede decir, primero, que no puede hacer ningún daño a los espectadores o al público del teatro tener el sentido más pleno de la intención del escritor; y, en segundo lugar, que el director, actor y escenógrafo no puede limitarse, e incluso puede ser ayudado, por un conocimiento completo de los detalles pertinentes a la acción. Y para las muchas personas que no han visto la obra y nunca la verán, esto se convierte en una ayuda a la que tienen derecho, por lo menos a leerla.

Se acepta generalmente que a los escritores de novelas no les importa, o no son capaces, de someterse a la disciplina del teatro. No desean mantener la acción dentro de los límites del arco del proscenio; no quieren limitarse a cortinas y escenas proyectadas sólo por el diálogo. La obra de teatro habitual, entonces, parecería ser muy confusa, y así es. No debe haber entrada en los pensamientos de un personaje a menos que esos pensamientos estén claramente expuestos en el diálogo. La gente no puede deambular geográficamente a menos que el escritor haya proporcionado alguna técnica física para hacer que tales andanzas sean convincentes en el escenario. La acción debe estar construida de cerca, y algo debe haberle sucedido a los personajes cuando se bajó el telón en la línea final. Estos principios de trabajo son aplicables en ambos casos. Existe una limitación más. La pieza debe ser corta.

En el lado gratificante de la representación se encuentran la concentración y disciplina del teatro y la imposibilidad de asentar cualquier vaguedad intelectual o física. Debes ser claro y conciso. No puede haber desperdicio, ninguna discusión larga, ninguna desviación de un tema principal y poca exposición. Como en toda buena obra, la acción debe ser inmediata, dinámica y la resolución dramática debe ocurrir por completo a través de los propios personajes.

Las dificultades de esa técnica son muy grandes. El escritor cuya formación entera ha residido en el teatro se contenta con dejar los asuntos físicos a su director o diseñador

del escenario y no ha aprendido a usar la descripción como lo hace un escritor de novelas. Por otro lado, el escritor de novelas ha sido entrenado para dejar que su descripción retome su diálogo y tiende a apartarse de la estructura ajustada del teatro. Si un escritor no está acostumbrado a ver su historia ante sus ojos, es probable que el uso de esta forma no tenga éxito.

A pesar de su dificultad, la novela es muy gratificante. Da a una obra de teatro una amplia posibilidad de ser leída y la posibilidad de ser interpretada. Creo que es una forma legítima y que puede soportar una gran exploración.

JOHN STEINBECK

ACTO PRIMERO

EL CIRCO

La lona que hacía las veces de pared del vestuario estaba desteñida y presentaba manchas de agua de tinte pardo, con rozaduras verdes dejadas por la grama y franjas de moho, y a través del tejido penetraban agujas de luz solar. En el suelo se veían los brotes de cebada cortada al ras y que se elevaban como penachos rodeados de tierra negra. Cerca de una de las paredes de lona había un baúl muy castigado por los viajes, con franjas y esquineras de bronce mate, con su tapa levantada y que dejaba a la vista un espejo tan grande como la superficie de dicha tapa.

Joe Saul estaba sentado en una silla plegadiza de lona, frente al baúl. Se hallaba desnudo hasta la cintura, pero tenía puestos sus pantalones ajustados y las zapatillas. Restregaba el polvo amarillo en su cara y se pintaba de negro los ojos... sin mayor cuidado.

Un hombre delgado y fibroso de mediana edad; tal era Joe Saul. Los músculos de sus maxilares se contraían por el esfuerzo y dos cuerdas tensas se dibujaban a ambos lados de su cuello. Sus brazos eran blancos y surcados por venas azules, y mostraban músculos alargados desarrollados por el acto de aferrarse y estar colgado, contrariamente a los músculos nudosos de quienes levantan pesas. Sus manos eran blancas, de dedos estrechos en la base y redondeados

en los extremos, y tanto las palmas como los dedos tenían callosidades formadas por la cuerda y la barra fija.

La cara de Joe Saul era tosca y con algunos pozos de viuela; sus ojos parecían grandes, oscuros y relucientes dentro de sus bordes, señalados por el lápiz. Terminó de disfrazarse y tomó del baúl un frasco de tinte oscuro para el cabello, vertió un poco en un cepillo y aplicó el líquido a su tupida cabellera, que ya estaba encaneciendo, sobre todo a la altura de las sienes. Luego guardó con cuidado en el baúl tanto los polvos como los frascos, se puso la camisa sobre los pantalones ajustados y se ciñó el cinturón de lona. Sólo en una pequeña prominencia se revelaba el abdomen por encima del cinturón. Se reclinó en el respaldo de la silla y flexionó las manos, de tal manera que los delgados músculos de ambos antebrazos saltaban a la vista.

Desde fuera llegaban sonidos de la función que estaba representándose: pregón, tirada poética y sencilla música de vals de tiovivo, mezclados con el murmullo de la gente que iba reuniéndose. Y algo más cerca se oían los gruñidos de los leones, los resoplidos de los elefantes, gruñidos o chillidos de cerdos y los bufidos de los caballos, enojados por el lamento de bronce de un trombón de circo.

Joe Saul dobló sus manos y se puso a mirarlas. Desde el otro lado de la cortina llegaron tres silbidos que sustituían la llamada a la puerta.

—¡Adelante! —dijo Joe Saul, y Friend Ed apartó la cortina y entró. Friend Ed era más ancho de hombros, más alto y pesado que Joe Saul, más lento en sus movimientos y en la palabra. También él estaba vestido y disfrazado, un gran payaso con adornos en el cuello, en las muñecas y en los tobillos, traje blanco con grandes lunares rojos, y pies tan grandes y encorvados como duelas de barril: la cara blanca, gran nariz de goma, boca negra triste y líneas negras sobre los párpados. Bien arriba, sobre la frente, estaban pintadas las «V» invertidas del asombro. Había creado en su rostro una mirada de sorprendida perplejidad. Solamente su tupi-

do cabello negro y las manos eran suyos. Llevaba en la diestra una peluca de calvo con una corona de pelo rojo brillante y dos grandes manos falsas.

Joe Saul cerró la tapa del baúl para dejar un sitio en donde aquél pudiera sentarse; Friend Ed dejó caer en el baúl su peluca y las manos falsas, se sentó en el borde y comenzó a mecer de un lado para otro sus blandos pies de payaso.

—¿Dónde está Mordeen? —inquirió.

—Fue a sentarse con el niño de la señora Malloy —dijo Joe Saul—. La señora Malloy fue al correo para enviarle un giro postal a su hijo Tom —comentó con acento monótono—. Su hijo Tom, «*mi hijo Tom*». Como tú sabes, está estudiando en la Universidad.

Joe Saul se irguió en su silla.

—Estoy seguro, Friend Ed, y no es la primera vez que te lo digo, que la señora Malloy tiene un hijo que se llama Tom que ya está en la Universidad y sólo tiene diecinueve años. ¿Oíste hablar de eso, Friend Ed? ¿No oíste hablar de eso veinte mil veces?

Friend Ed abrió su negra boca, de manera que asomaron el rojo interior de los labios y los dientes blancos y pequeños.

—No lo maldigas, Joe Saul —dijo—. Ni tampoco a ella.

—¿Quién está maldiciendo? —inquirió Joe Saul, volviendo a reclinarsse y apoyando ambas manos en las rodillas—. Ella es una buena mujer —manifestó—. Y me imagino que si uno tiene un hijo que se llama Tom en la Universidad, se siente con la cabeza rodeada por un halo divino; pero yo no me atrevería a maldecirla. Me alegro por ella. Es una mujer simpática.

—Escúchame, Joe Saul; te estás dejando arrebatar por los nervios.

—No.

Friend Ed miró hacia bajo y observó las manos de Joe, que cerraban los puños.

—Eso que estás haciendo es una cosa nueva. Es un gesto impuesto por tus nervios.

Su pie dejó de mecerse. Joe Saul fijó la mirada en sus manos.

—No sabía que estaba haciéndolo —expresó—. Pero tienes razón, Friend Ed. Me domina un exceso de energía. Siento como una comezón o rozamiento bajo mi piel.

—Te lo veo venir, Joe Saul. No es cosa que me sorprenda, sólo que ya es tarde. Es muy tarde... Quería saber por qué tan tarde. Han transcurrido tres años desde que murió Cathy. Fuiste fuerte cuando perdiste tu esposa. Entonces no te dominaban los nervios. Y ya pasaron ocho meses desde que el Primo Will cayó fuera de la red. Tampoco entonces te dominaron los nervios. Víctor es un buen compañero, ¿no es cierto? Dijiste que lo era. Y no es la primera vez que un Saul haya caído fuera de la red en incontables generaciones. ¿Qué te sucede, Joe Saul? Estás creando una desazón en el aire que te rodea como si fuese una nube de mosquitos en una noche calurosa.

Joe Saul cerró los puños, los miró y luego hizo que las manos se entrelazaran para mantenerlas quietas.

—Víctor trabaja bien —dijo—. Tal vez mejor que el Primo Will. Es algo a lo que uno se acostumbra. Yo podía percibir el ajuste y precisión de Primo Will. Yo conocía su respiración y su pulso. Primo Will era mi sangre y mi ser; éramos productos de mil años, los productos finales. Tengo que pensar con respecto a Víctor, pensar en lo que hará. Yo podía sentir a Primo Will en la punta de mis nervios. Me acostumbraré a Víctor..., pero es un extraño. Su sangre no es mi sangre. No tiene antepasados en el oficio.

Fuera de la tienda de campaña comenzó a tocar la banda: ejecutaba una obertura rápida y animadísima.

—¿Ya está lista Mordeen, Joe Saul?

—Claro que sí. En caso contrario no se habría ido.

Sus puños volvieron a cerrarse, a pesar del esfuerzo por evitarlo, y el gesto no le pasó inadvertido a Friend Ed.

—¿Son ellas la causa de tus nervios? ¿Temes por tus manos? Recuerdo haber visto a un hombre que se estaba quedando ciego y que corría de un lado para otro buscando los colores, observándolos y manteniendo la mirada fija en ellos para poder recordarlos. Temía olvidar cómo eran cuando se hubiera vuelto ciego. ¿Acaso te molestan tus manos?

—No lo creo. ¿Por qué habrían de molestarme? Jamás han resbalado ni han dejado de aferrarse bien.

Friend Ed se inclinó hacia delante y tocó el hombro de Joe Saul.

—¿Tengo, como amigo, el derecho a hacerte una pregunta, Joe Saul?

—Siempre.

—¿Tienes alguna dificultad con Mordeen?

—No... ¡Oh, no!

—¿Estás seguro?

—Sí..., estoy seguro.

—Es una joven magnífica, Joe Saul; una esposa buenísima. Recuérdalo siempre. Es joven... pero muy buena. Eso no lo pongas jamás en duda. Jamás hubo un hombre que tuviera una mujer mejor. No la compares con tu Cathy; es distinta, pero tan buena como ella, y encantadora y leal.

—Lo sé.

—Lo que he venido a decirte aquí es lo siguiente. Pienso celebrar una pequeña fiesta de cumpleaños de homenaje a los gemelos. Ellos querrían que no asistieran sino niños, pero piden que vayáis tú y Mordeen. ¿Iréis y llevaréis un pequeño regalo?

—¿Realmente me reclaman?

—Ése fue su deseo..., y ¿quieres hacerme el favor de man tener quietas tus malditas manos?

Joe Saul se puso de pie de un salto, y sus zapatillas produjeron un ruido suave en los islotes de césped del suelo. Anduvo de un lado para otro, manteniendo las manos hacia

delante para evitar que se movieran. Mordió su labio inferior.

Friend Ed habló con tranquilidad:

—Te quitaré un poco de tu desazón, si me lo permites. Yo te sostuve mientras llorabas cuando murió tu Cathy. Yo retiré a Primo Will del borde de la arena, y yo fui testigo cuando te casaste con Mordeen. Creo conocer tu mal, pero es menester que tú lo digas primero, Joe Saul.

El hombre dejó de andar.

—Esa mujer tarda demasiado en poner un giro postal —respondió—. Creo que tú lo sabes. Creo que los gemelos lo saben.

Me gustaría saber... si Mordeen lo sabe.

—¿Quieres, entonces, decirlo para tranquilidad de tu espíritu y de tus manos? Quizá haya alguna clase de respuesta.

Joe Saul suspiró.

—¿No será que me vuelvo viejo? Pienso en los tiempos idos. Dicen que los ancianos recuerdan el pasado. Pienso en mi abuelo cuando conversaba..., es decir, cuando sus manos se debilitaron, y había ya perdido la precisión y la certeza de su mirada. Cuando ya nada importaba, tomaba vino por las tardes. Nos daba lecciones en la alfombra de las prácticas; y el abuelo solía hablar a veces cuando estábamos descansando. Leía mucho aquel anciano, y pensaba todavía más. Tal vez forjara fantasías, pero nos otros le creíamos. Tú no alcanzaste a conocerlo, Friend Ed.

—No, no le conocí. ¡Habla, di cuánto tengas que decir, Joe Saul! Encontremos la semilla amarga que es como los más negros abismos.

Joe Saul se sentó en su silla y se echó hacia atrás para entregarse a sus pensamientos.

—Éramos mozalbetes realmente orgullosos —dijo—, con las caderas altas y el pecho echado hacia fuera. Creíamos todo cuanto él decía, porque era el viejo Joe Saul. A mí me pusieron su nombre. Solía decirnos que en un tiem-

po fuimos espíritus de la naturaleza..., tú me entiendes, encarnados en árboles y arroyos. Vivíamos en los vientos y en las negras tormentas. «Eso fueron sus bisabuelos, solía decir». ¿Recuerdas lo blanco que era su cabello? No..., tú jamás le viste. Luego decía que nosotros fuimos los primeros médicos, pero médicos brujos. Nosotros perturbábamos las aguas y empujábamos al trueno hasta allende el borde, y saltábamos como los arroyos sobre las rocas, y navegábamos, con los brazos extendidos, como navega el viento. Pues bien, luego decía que éramos médicos contra los golpes, y teníamos que darle forma al dolor y la enfermedad para expulsarlos, de tal manera que fuéramos inmunes para los ataques y espásticos para el veneno; y nos doblábamos como la goma sobre una pierna rota. Todo lo exponía, y nosotros nos sentábamos en el suelo y escuchábamos, mientras permanecíamos en la alfombra de los ejercicios.

Y Joe Saul se arrellanaba en su silla mientras explicaba cómo era aquella vida.

—Rara manera de decir las cosas a los niños —le interrumpió Friend Ed—. ¿Les harás el relato alguna vez a los gemelos?

—Claro está que lo haré. Los gemelos lo llevan en la sangre. Ellos comprenderán. El viejo Joe Saul decía entonces que en Grecia nosotros usábamos coturnos y máscaras de madera, y que éramos dioses. Afirmaba que en Roma caíamos sobre la arena roja de los coliseos después que había corrido la sangre, y que nosotros practicábamos juegos malabares con cañas frente a las una carga.

»Después, en los siglos del obscurantismo —decía—, nosotros reíamos y actuábamos en las plazas, y éramos los únicos joviales en aquella época que sufría hambre de risas. A partir de entonces —expresaba—, sucedieron cosas que todo el mundo conoce.

—Quiero que eso lo escuchen los gemelos —dijo Friend Ed.

—Ya te dije que él bebía un poco por las tardes cuando ya no subía a los trapecios y cuando ya nada importaba. Los reyes —decía—, los príncipes, los condes, los Astor, los Vanderbilt o los Tudores, Plantagenets y Pendragons, si vamos al caso..., ¿quién sabe a ciencia cierta quiénes fueron sus bisabuelos? El viejo Joe Saul solía permanecer de pie, alto y con un dedo extendido como si fuese una rama seca. Tenía la cabeza poblada de pelo y no había perdido ni uno solo de sus dientes. Allí permanecía de pie, como una nube blanca, y nosotros nos sentíamos criaturas orgullosas sentadas en la estera, con las rodillas y los codos rotos por el desgaste.

«Son dos familias antiguas —solía decir—, conocidas y seguras y reconocidas..., y solamente dos. Payasos y acróbatas. Los demás son recién llegados».

Friend Ed llenaba de aire sus pulmones con plena satisfacción.

—Eso puedes decírselo a los gemelos durante su fiesta de cumpleaños, después que hayan servido el pastel.

Ahora el rostro de Joe Saul se inclinaba bajo el peso de los recuerdos. Seguía de pie y sus manos buscaban un asidero.

—Y solía decirnos: «Tened hijos... ¡Tened infinidad de hijos!

Jamás estéis sin una criatura asida de los dedos, sin un niño en la estera y un muchacho en la barra fija». Y nos miraba con el ceño fruncido mientras estábamos allí sentados.

Joe Saul permaneció en silencio, y Friend Ed tampoco habló. El ruido de caballos que apenas tropezaban, que bufaban en la arena, penetraba a través de la lona de la tienda de campaña. Friend Ed miraba cejijunto a Joe Saul.

—He ahí tu semilla amarga —dijo—. Ahí la tienes. Cathy no tuvo ningún hijo... Pero, ¿y Mordeen?

—Ya hace tres años —manifestó Joe Saul—. Tres años.

—¿Comienzas a pensar que la culpa es tuya?